Mis recuerdos de la batalla de Rivas

Por casualidad me tocó asistir al terrible y muy sangriento combate del 11 de abril de 1856 en Rivas. Al fraccionarse el ejército en Santa Clara, fuí destinado a San Juan del Sur con un batallón que mandaba el coronel D. Salvador Mora, y ocupamos aquel puerto sin ninguna dificultad, porque la guarnición enemiga que en él estaba se retiró al tener noticia de nuestra próxima llegada.

Sabedor de que el coronel Mora se proponía hacer una visita a Rivas, le rogué que me llevara consigo, porque deseaba conocer la ciudad y ver a los parientes que allí tenía en el ejército. El Jefe consintió y al siguiente día, 11 de abril, salimos a caballo de San Juan del Sur a las cinco de la mañana, con los ayudantes del coronel. Cuando llegamos a las cercanías de Rivas oímos los primeros tiros y unas mujeres que encontramos en el camino nos informaron del ataque de los filibusteros. El coronel mandó a uno de sus ayudantes que se adelantase para pedir instrucciones, y el oficial regresó poco después al sitio donde lo aguardábamos trayéndole la orden de que siguiese a Rivas y me llevara en su compañía, porque se necesitaban mis servicios.

A la entrada de la ciudad encontramos al general Cañas con unos ayudantes y algunas tropas. Al verme exclamó: "¡Adelante, Sáenz; hay muchos heridos!" El coronel se quedó hablando con Cañas y yo me metí por las calles de la población sin saber a donde dirigirme. Al pasar por frente de una casa oí que me llamaban a voces y me detuve. Era el presbítero D. Francisco Calvo; estaba en una puerta con estola y la caja de los santos olios en la mano. "¡No siga porque lo matan!" me gritó. Noté que se hallaba sumamente emocionado y me dijo que dentro de aquellas casas había muchos heridos. Eché entonces pie a tierra dejando abandonado mi caballo que nunca volví a ver, y habiendo entrado a la casa atravesé toda la manzana de norte a Sur por dentro de los solares, hasta llegar a un edificio situado calle de por medio con el Mesón de Guerra y al norte de éste. En una sala muy espaciosa, cuyas ventanas estaban atrincheradas, hallé una fuerza de los nuestros que combatía contra los filibusteros del Mesón. El fuego era terrible, las balas entraban por muchas partes y tuve que hacer la primera cura a los heridos echado de barriga para que no me matasen. Estuve después en otras casas de la misma manzana, en las cuales había también numerosos heridos. En la tarde pudimos trasladarnos a un edificio que llamaban la casa de Maliaño, donde se improvisó un hospital. Para hacer frente a la enorme tarea de asistir a tantos heridos como había, sólo estábamos tres médicos: el cirujano mayor D. Carlos Hoffmann, el doctor nicaragüense Bastos y yo. Teníamos además un ayudante, Carlos Moya, que había hecho algunos estudios de medicina. El doctor Alvarado (1) estaba en Liberia asistiendo a los heridos de Santa Rosa, y D. Fermín Meza se hallaba ausente con licencia, pero regresó a Rivas pocos días después de la batalla.

Hubo trescientos heridos o más y muy cerca de quinientos muertos. Si un hospital de guerra es siempre una cosa terrible, en aquella época, en que aún no se

(1) Don Cruz Alvarado.

conocían entre nosotros los anestésicos, era un espectáculo de que no se puede tener idea cabal sin haberlo visto. ¡Cuánta miseria y cuánto sufrimiento! Para colmo de males, la epidemia de cólera vino pronto a triplicar nuestra tarea ya tan pesada.

La misión del médico en el campo de batalla no le permite ver mucho de lo que en ella sucede. Así es que de la de Rivas poco es lo que puedo contar, como no sean sus resultados sangrientos; pero como esto no ha de agradar a los lectores, me limitaré a decir que hubo soldado que recibió hasta siete balazos.

En cuanto a la acción heroica de Juan Santamaría, que según parece se ha querido poner en duda, la tengo por absolutamente cierta, aunque no la presencié ni podía presenciarla desde el punto en que me hallaba; pero el hecho fué público y notorio y desde el día siguiente al del 11 de abril, oí hablar del soldado de Alajuela que había incendiado el Mesón. Por las señas que me dieron de Juan Santamaría, creo haberlo conocido en la travesía de Puntarenas al Bebedero, que hice con tropas de Alajuela mandadas por D. Juan Alfaro Ruiz. Tengo idea de que era un mulatito muy jovial, a quien embromaban mucho sus compañeros y al cual curé en Bagaces de una ligera enfermedad.

ANDRÉS SÁENZ
(1908)

APUNTAMIENTOS de don Iacinto García relativos a la campaña contra los filibusteros de Nicaragua [1]

San José, Abril 3 1884.

Señor don Miguel Guardia
P.

Señor de mi mayor consideración y aprecio:

Tan sólo por obsequiar sus deseos, que se sirvió manifestarme a mediados del próximo pasado Enero, de obtener algunos datos relativos a las campañas de 1856 y 1857 contra el filibusterismo en Centro América, tengo el singular gusto de adjuntarle copia de algunos apuntamientos relativos a la primera; apuntamientos que yo, más por vía de entretenimiento hacía, tanto de hechos que en mi calidad de ayudante de la Primera División presenciaba desde la salida del Ejército hasta su regreso a esta capital, cuanto de otros que a mi noticia llegaban, *acaso exagerados o diminutos;* agregando que también llevé o manejé como Secretario o Escribiente, toda la correspondencia en aquella jornada, relacionada con la División dicha.

Mas, séame permitido manifestar con franqueza, que mi falta de inteligencia e inexperiencia en aquel tiempo de mi juventud, no me permitieron ni presumir que tales apuntamientos pudiesen un día llegar a ser útiles y necesarios; por cuya imprevisión no los hice con la exactitud y el esmero que otro más experto los hubiese hecho; sólo sí puedo asegurarle, señor, que la mayor parte de

(1) De un folleto publicado por el profesor don J. Fidel Tristán en 1924.